

EL FILOSOFO DE LA POLITICA:

GRAMSCI, ESE DESCONOCIDO

- **La investigación historicista, guía para la acción**
- **Los términos de una ecuación teórica**
- **La ciencia política y la filosofía de la praxis**
- **La revolución en el “Occidente”, ¿una estrategia de masas?**

Raimundo Santos

Dedico estas notas a la Profesora Catarina Goldoni,
mi amiga de la Escuela de Planificación
y Promoción Social.

El triunfo del fascismo mussoliniano, el rompimiento de relaciones con el Partido Socialista, al que hasta entonces pertenecía, el sectarismo y el extremismo de la primera dirección del Partido Comunista Italiano, antes de deseseparlo, encontraron en Gramsci aquella paciencia llena de perspectiva, que duró tan poco tiempo, hasta que fue arrestado en noviembre de 1926.

Desde entonces, Antonio Gramsci no volvió a la libertad; pasó once años en las cárceles mussolinianas, saliendo sólo para morir en una clínica custodiada.

Sin embargo, el calvario de Gramsci en la prisión fue una tenaz lucha de aquellas más firmes contra las menudencias y pequeñeces que los regímenes carcelarios imponen para destruir la voluntad, la resistencia y llevar al prisionero a la parálisis y la desmoralización.

En el caso de Gramsci, el reto lanzado por el fiscal del proceso judicial, que le montó Mussolini, resumía el verdadero sentido de su condena política: “Hay que impedir que este cerebro funcione”.

Sin materiales bibliográficos, sin poder comunicarse con el exterior, sufriendo la censura carcelaria y sobre todo enfrentando el deterioro progresivamente alarmante de su salud, Gramsci, después de tres años de cárcel, se decidió a escribir für ewig, para el futuro, para combatir el pesimismo y abrir perspectivas en un momento en que el fascismo parecía haber triunfado por un largo tiempo.

Sus trabajos, notas, apuntes dispersos y esquemas no desarrollados, sólo muy posteriormente, prácticamente en los años 50, fueron editados. El público latinoamericano apenas en la década presente viene conociendo esta obra tan singular.

Hoy en muchos ambientes intelectuales de Europa y ya también de América Latina, con frecuencia se ve citaciones de Gramsci en un sentido que es radicalmente incongruente con los verdaderos alcances que tiene el pensamiento gramsciano.

Pese a su preocupación y los materiales abundantes que produjo sobre temas literarios y lingüísticos, hacia este campo no se dirige su mensaje; como asimismo, considerar la obra de Gramsci sólo como una clarificación del fenómeno cultural y del papel del intelectual (en el sentido especial del término) es tomar los aportes metodológicos gramscianos apenas en su aspecto exterior y superficial.

Y lo peor, y más lejano del pensamiento de Gramsci, es el uso pedante de algunas categorías gramscianas para definir un socialismo irreal y para delinear una estrategia revolucionaria en líneas gruesas, de esas que siempre tienen razón, menos la razón de ser historia, es decir, de materializarse en la vida y obra de un pueblo.

Ya en el terreno de la diatriba la obra de Gramsci también ha sido asociada a la crítica del "reformismo de izquierda" y no faltan los que ligan a Gramsci a la deformación moderna de la socialdemocracia, enmarcándolo en el "electoralismo" atribuido al Partido Comunista de Italia.

Pasados casi cuarenta años de los últimos Cuaderni de la cárcel, ¿qué validez y qué aporte metodológico significa el pensamiento de Antonio Gramsci? El conocimiento de los escritos gramscianos hoy aguzaría el análisis en el sentido de dar actualidad y transformarlo en una guía para la iniciativa histórica real?

Quizás se haga deber de los marxistas actuales una relectura de Gramsci, no sólo para hacer justicia póstuma a un dirigente político ligado a su pueblo y a un teórico de la realidad italiana, sino, sobre todo, para disponer de más elementos gnoseológicos de la historia—acción humana y afirmar el carácter esencialmente perspectivista del proceso transformador.

I. La investigación historicista, guía para la acción

Un análisis de conjunto de la obra de Gramsci nos revela el aspecto más novedoso del desarrollo del marxismo: cómo la investigación permite no sólo la conducción de procesos sociales y cómo asimismo es la única vía de la creación teórica.

Interesante es observar cómo el período de formación política de Gramsci está indisolublemente ligado a su misma militancia y cómo de ella el autor extrae enseñanzas y líneas para la investigación.

En efecto, los primeros pasos de Gramsci en la política se refieren a la cuestión meridional, de la realidad tan específica del sur atrasado de Italia, que para el joven Gramsci significaba no sólo

una relación con el norte pujante, sino que también requería la apertura de una salida de desarrollo. El joven político, luego, después de considerar la cuestión meridional como una problemática nacional, también la vinculó a la dinámica estructural del mismo capitalismo, ya entonces recibiendo las primeras influencias de la victoriosa revolución de Octubre.

Sin embargo, al contrario de lo que piensan muchos, que sólo se interesan en la obra de Gramsci del período de mayor impacto de la revolución soviética, el pensamiento gramsciano encontró en los sucesos del 17 el terreno para ecuacionar la problemática suscitada por la cuestión meridional.

Las cuestiones de la alianza obrero—campesina y la consiguiente formación del Estado proletario, estos dos términos en que ya definía la realidad meridional de Italia, serán la continuada ecuación histórica de Gramsci.

¿Cómo organizar al proletariado industrial del norte y tornarlo dirigente de las masas campesinas del sur e instaurar el Estado Popular?

La apreciación de Gramsci sobre la revolución rusa se orienta hacia la singularidad que tuvo un proceso revolucionario no “previsto” y desencadenado en un país atrasado, sin las premisas materiales para la construcción socialista, pero que iniciaba una gigantesca obra.

“Los bolcheviques reniegan de Carlos Marx y con los testimonios de la acción realizada, de las conquistas logradas, afirman que los cánones del materialismo histórico no son tan férreos como se podrían pensar e incluso se pensó”.¹

El pensamiento marxista, para Gramsci, debe considerar como máximo factor de la historia, no los hechos en bruto, sino el hombre, la sociedad humana, de los hombres que desarrollan una voluntad social y colectiva que permite comprender a “los hechos económicos, y los juzgan y los adaptan a su voluntad, hasta que ésta se convierta en la fuerza motriz de la economía, la plasma-dora de la realidad objetiva . . . ”²

Del particular interés por la fuerza de masa que en la Rusia atrasada iniciaba la formidable obra de construcción de la sociedad moderna, Gramsci deriva su curiosidad hacia el papel que tiene el factor conciencia, que llega a convertir el “caos—pueblo” en orden del pensamiento, “en consciente de su propia potencia”.

De igual modo, la inquietud gramsciana por las cuestiones de la metodología histórica se aclara más aún después de las experiencias de construcción de los “soviets” (los Consejos de Fábricas) en la Italia de los años veinte.

En lugar del mecanicismo de creer que la alianza obrero—campesina y la consiguiente dictadura proletaria es cosa cierta que avalan las condiciones materiales de la historia, el autor atribuyó un papel primordial al “estilo” de la acción revolucionaria.

No sólo era decisivo encontrar las formas organizativas que pudieran interesar y sistematizar la fuerza obrera en toda su plenitud y, más allá de la estructura ineficaz del Partido Socialista Ita-

liano (PSI) y la burocracia sindical, como era el significado de la propuesta de los Consejos de fábrica (que pretendían encuadrar a todos los obreros desde su misma vida productiva), sino que también se hacía indispensable que la estructura organizativa obrera cumpliera el rol educador de hacer conscientes a los trabajadores desde su misma vida y gestión en el mundo de la producción.³

Las funciones del consejo de fábrica precisamente procuraban cumplir este rol educador: vinculando todos los obreros en las menores dependencias del proceso productivo (el taller).

Discutiendo y aclarando su propia existencia material, en el aspecto más creador y potencial (como es el caso de la labor productiva), la existencia del consejo educaría también a los trabajadores para la gestión y control de la producción, proporcionándoles una visión acerca de su papel hegemónico, que viene a ser estructural a la propia vida material y social.

Si bien es cierto que el análisis gramsciano de esta época está teñido por la coyuntura histórica, marcada por el colaboracionismo de la FIOMI (Federación de Obreros Metalúrgicos de Italia) y la cobardía del Partido Socialista de Italia, aún cuando el movimiento obrero italiano a partir de 1920 entra en reflujo y Gramsci y sus compañeros crean el Partido Comunista, lo esencial en la proposición de los Consejos de Fábrica perdurará en el pensamiento gramsciano.

Pese a que Gramsci posteriormente no vuelve a agitar la consigna del consejo obrero y siempre hable del "partido como organización centralizada, homogénea y superior de la clase obrera", de todos modos su preocupación es la búsqueda de una metodología que pudiera reunir las energías de la inmensa mayoría popular — nacional, lo que por cierto no entra en contradicción con la ulterior teorización del partido, el "Príncipe Moderno", a que nos referimos más adelante.

Los años del fracaso del movimiento obrero, el triunfo del fascismo y su marginalización de la primera dirección del Partido Comunista Italiano, encontrarán a Gramsci, entre 1921 y 1926, reflexionando sobre el sectarismo dominante en su partido y principalmente meditando sobre por qué el movimiento de la vanguardia revolucionaria que representa está desvinculado de las amplias capas de la población, especialmente el campesinado, hecho que lo lleva a replantearse el problema de la alianza obrero—campesina en los términos de la formación de una voluntad colectiva, que no es más que la expresión material de la hegemonía de clase.

Para comprender las razones de ese aislamiento y, sobre todo, para explicarse la amplia adhesión del campesinado al conservadurismo meridional, Gramsci levantó la hipótesis central de su investigación: ¿cómo se forma todo orden constituido, que permite la expansión de determinado modo de producción y propiedad?

¿Cómo el orden establecido mantiene la división entre dominantes y dominados, más allá del uso de la violencia, si no es logrando entre las clases subalternas la adhesión a determinada concepción del mundo, que norma las conductas de esa inmensa mayoría de la población?

Así, Gramsci inicia su investigación historicista sobre la formación del estado italiano y cómo la clase burguesa llegó a obtener el consenso de los grupos instrumentales.

Definiendo los justos términos de la cuestión campesina (y de la alianza obrero—campesina), el autor se ve ante un problema teórico que exige solución: el problema de la relación entre estruc-

tura y superestructura, que hasta entonces sólo había sido considerado como un principio gnesológico y nunca pudo ser tratado a nivel de mayor concreción histórica.

La cuestión campesina italiana debería ser analizada tomando en cuenta la realidad meridional y la cuestión vaticana, es decir, el comportamiento político e ideológico de las masas campesinas era una función de los agentes que operan directamente, difundiendo la moral, las costumbres, las reglas y normas, cuya elaboración mayor y fundamental era obra de grandes intelectuales elaboradores y de la gran central ideológica que es la Iglesia.

Los resultados de la investigación señalaron que el orden establecido en el campo italiano se apoyaba en un bloque agrario compuesto por tres formaciones: la masa amorfa, los intelectuales de la pequeña y mediana burguesía, que cumplían el papel de "soldadura" entre el primer elemento y el modo de vida material, y los grandes intelectuales, responsables por la centralización ideológica.⁴

El hallazgo de Gramsci sobre el papel del intelectual le va a permitir aclarar teóricamente la relación estructura—superestructura y darle las líneas de una nueva investigación, ahora sobre la estrategia revolucionaria.

El intelectual, concebido como "funcionario de la superestructura", sólo es posible comprenderlo entendiendo también el proceso histórico de formación de la hegemonía de la clase burguesa italiana. Saber cómo este grupo "esencial", y determinante del nuevo modo de vida, crea su capacidad de intelectuales necesarios para organizar el propio sistema de producción (empresarios, técnicos, ingenieros, etc), asimismo cómo requiere y genera "especialistas" capaces de asegurar el "ambiente circundante" y habilitados para "organizar la sociedad en general, con todo su complejo organismo de servicios, hasta el órgano estatal", suficientemente preparados para crear las condiciones favorables a la expansión de la propia clase.⁵

El concepto gramsciano del intelectual refuta la noción del intelectualismo estrecho y literario, pero tiene una especificidad que el mismo autor establece:

"Al margen de su profesión, cada hombre tiene una cierta actividad y es, por consiguiente, un "filósofo", un artista, un hombre de gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una línea conciente de conducta moral, es decir, contribuye a sostener una concepción del mundo, a suscitar nuevos modos de pensamiento".⁶

Lo específicamente gramsciano del concepto de intelectual sólo se entiende si referimos los intelectuales a su papel en la estructura social, es decir, si clarificamos que la relación entre ellos y el modo de producción "no es inmediata, como ocurre con los grupos sociales fundamentales, sino que pasa por la "mediación" en grado diverso, de todo el tejido social, del mismo complejo superestructural de que los intelectuales son, precisamente, los "funcionarios".⁷

El descubrimiento de Gramsci le remite, de inmediato, a la investigación en el campo de la filosofía historicista, y al pensamiento de Benedetto Croce.

La lectura de Croce, que realiza Gramsci, sirve para reconocer el mérito del pensamiento crociano en cuanto éste llama la atención acerca de la importancia del momento ético—político en

el desarrollo de la historia, señalamiento que Gramsci asimila para definir la función de los intelectuales en la vida orgánica de una nación como "funcionarios" responsables de la hegemonía y el consenso, como forma necesaria a todo orden constituido, es decir, la existencia del "bloque histórico".⁸

Se puede decir que en 1926, cuando Gramsci es detenido, ya está concluida una etapa de la investigación historicista y están definidos algunos elementos teóricos indispensables para iniciar su obra de época de madurez.

¿Cómo crear una nueva concepción de la vida que gane a la masa de los gobernados, restar apoyo al Estado Burgués — liberal y, más adelante, asegure el más amplio apoyo al nuevo Estado Popular?

Esta es la pregunta que Gramsci procurará responder en los **Cuadernos de la cárcel**.

II. Los términos de una ecuación teórica

Para desarrollar su obra de madurez Gramsci siempre está recurriendo al "Prólogo a la crítica de la economía política" (ese pequeño resumen de la tesis de Marx sobre la revolución social), estableciendo las premisas y los niveles de análisis hasta llegar a los cánones metodológicos para la acción política.

La categoría gramsciana del "bloque histórico" es la teoría de la relación entre estructura y superestructura en el desarrollo real e histórico del modo de vida social.

Pero a Gramsci le interesa precisar una metodología para la teoría de la revolución. En las tesis del "Prólogo" siempre parte del postulado marxista según el cual los hombres toman conciencia de su existencia material a nivel de la superestructura y de la ideología.

Entre los elementos de la superestructura que distingue Marx, Gramsci pone atención a las formas ideológicas (enumeradas específicamente por Marx en el "Prólogo"), para fijar la tesis según la cual la revolución social significa el paso de inmensas masas subalternas de lo objetivo a lo subjetivo, de la estructura a la superestructura, lugar donde la ideología adquiere fuerza material y es elemento esencial para el orden establecido, que a su vez, tiene contenido y forma, es decir, economía e ideología-política.⁹

Pero las ideologías no aparecen en el pueblo como claras formas de conciencia social, sino que el "fenómeno cultural" se presenta en diversos grados, que es preciso distinguir para no perder la identidad del pueblo-nación. El grado más difundido de la ideología es el "sentido común", que es la creencia más masiva de determinada concepción del mundo (que "racionaliza" los elementos esencialísimos para la vigencia y expansión del modo de producción) en medio de concepciones fragmentarias, confusas e incongruentes de las mismas clases subalternas. Este elemento de no unidad y coherencia es sólo su aspecto histórico y vivo, pues el sentido común "satisface" en lo fundamental las aspiraciones de las clases instrumentalizadas y crea las condiciones favorables al modo de vida social establecido, de tal modo comparable con la religión, si la tomamos como filosofía.

Al contrario de los mecanicistas, que sólo ven la función de la ideología como justificación mixtificada—mixtificante de la clase dominante y estrictamente subordinada a las instituciones políticas,¹⁰ Gramsci, más historicista, atribuye a la ideología, en tanto grado “cultural”, cierta autonomía, en el sentido de que dentro del “bloque ideológico” generado por la clase dominante, hay un elemento de “buen sentido”, que nace de la misma experiencia de vida material y social.

Precisamente este “buen sentido”, que elaboran las clases subalternas, como la percepción más coherente de su función material y de su destino social, es el que debe ser suscitado y desarrollado en el sentido del “espíritu de escisión”, que, rompiendo el bloque ideológico dominante, pueda también transformarse en “sentido común” y tener fuerza de “religión”. Pero, en el caso de la clase obrera, este “sentido común” debe convertirse en fuerza suficiente para realizar la reforma intelectual y moral de las clases subalternas, cuando, entonces, se haya difundido masivamente la nueva concepción del mundo, unitaria y coherente con el destino de estas masas subalternas, es decir, cuando se transforme en filosofía, el marxismo.¹¹

Es así como la lucha por la hegemonía de la filosofía científica de la clase obrera, que no es impuesta, sino que asciende en un paso gnoseológico de la estructura a la superestructura, del “sentido común”, religión real del pueblo — caos, hacia el “buen sentido”, que se transformará con la filosofía de la praxis, en la voluntad popular—nacional organizada.

La lucha de las hegemonías entre las clases antagónicas es, entonces, el problema central de todo orden establecido y, por ende, la cuestión de los elementos estructuradores del “bloque histórico” se transforma en el núcleo de la teoría revolucionaria.

Gramsci recuerda los tres elementos necesarios con que el Catolicismo definía la existencia de la “sociedad perfecta”: la familia perfecta y humana; el Estado, perfecto y limitado y la Iglesia, perfecta y totalizante de todas las ansiedades humanas y suficiente para normar la conducta de los hombres.

Del concepto de “sociedad civil” de Hegel, situado entre la familia y el Estado y el de Marx, que en un momento también utilizó este mismo concepto, como siendo la prolongación de la estructura hasta el Estado (garante de la expansión del modo de producción), Gramsci distingue su noción general de Estado. La distinción que hace Gramsci, aunque sólo para efectos del análisis, entre “sociedad civil” y “sociedad política”, permite identificar el elemento de coacción (el Estado), con que cuenta el orden establecido e identifica el elemento “ético”, el momento de la hegemonía y prestigio que se genera determinado grupo dominante y que, por tanto, asegura el consentimiento de los subordinados.¹²

Gramsci abre una línea de investigación, incluso muy empírica, para la determinación del conjunto de organizaciones “privadas” (en el sentido de no—estatales), con que cuenta la clase burguesa para sostener su frente teórico y mantener la dominación espiritual: el sistema escolar, el sistema religioso, el impreso, la radio, etc.

“¿Qué puede contraponer una clase innovadora a este formidable complejo de trincheras y fortificaciones de la clase dominante?”¹³

Consciente que la clase subalterna no puede disponer de todas las sociedades “privadas”

que conforman la "sociedad civil" hasta que ascienda a dominante, Gramsci pone atención en el partido político, que su investigación historicista sobre el "Risorgimento" italiano reconoció como el "Príncipe" de Maquiavelo, que fuera capaz de conducir un pueblo a la fundación de un nuevo Estado y realizar la reforma intelectual, o sea, llevarlo a un nuevo orden de civilización.

El partido político, especialmente el de la clase subalterna, puede reunir, en ciertas proporciones, a las tres formaciones (la gran masa que se moviliza; el elemento medio, que permite la soldadura con el pueblo y los grandes estrategas—pensadores) y convertirse en el "intelectual colectivo", que en la vida del centralismo orgánico unifica todas las energías de la masa nacional — popular, siempre sobre la base del consenso.¹⁴

Desprovistas de medios productores y difusores de la ideología, las clases subalternas, sin embargo, disponen del "Príncipe Moderno", esta célula en que resume la voluntad colectiva, que tiende a tornarse universal y volverse hegemónica.

Dos son, entonces, los puntos centrales que la teoría debe desarrollar para que la "estructura del trabajo" alcance niveles más altos de civilización: la formación de una voluntad colectiva nacional — popular, que los imponga, y la realización de la reforma intelectual y moral, que representa el consenso inmanente para darles las condiciones favorables a su expansión.¹⁵

En esta ecuación, el partido político cumple el importantísimo rol de elemento dinamizador de la "sociedad civil", y desarrolla el "espíritu de escisión", hasta convertir el "buen sentido" en un "sentido" filosóficamente fundado en la ciencia historicista.

III. La ciencia política y la filosofía de la praxis

La política en Gramsci es una actividad específica, que es actuante en el grado superestructural, cuya función "ética" precisamente es lograr el consenso de los grupos subalternos a determinados sistemas de vida.

En la sociedad clasista, Gramsci distingue tres elementos de la política: la división entre gobernantes y gobernados, que es una premisa de la sociedad capitalista; la necesidad que tienen las clases dominantes de dirigir de manera eficaz y, una derivación de ello, la urgencia de preparar de la mejor forma a los dirigentes, capaces de conocer las líneas de menor resistencia o de actuar eficientemente para obtener el consenso de los gobernados.¹⁶

En el caso de las clases subalternas, la ciencia política parte de dos postulados centrales: de la tesis orgánica gnoseológica, según la cual los hombres adquieren conciencia de sus problemas a nivel de la ideología y de que los grupos subalternos tienen cierta independencia y autonomía del bloque ideológico dominante, posibilidad que les permite desarrollar el "espíritu de escisión".

La cuestión del desarrollo ideológico de los grupos subalternos está dada, no sólo por el nivel de conciencia económico—corporativo, que deriva de su misma cercanía con la estructura y de las condiciones materiales de vida, sino también y principalmente de la posibilidad de elevar esta conciencia al plano de la política, vale decir, a nuevas concepciones de vida social, que permitan fundar el Estado Popular.¹⁷

Una vez más, el elemento volitivo vuelve a estar presente en el pensamiento de Gramsci: hay que reconocer que el desarrollo económico no es sólo la sucesión de cambios técnicos en los instrumentos de trabajo; el desarrollo económico e histórico no depende sólo de cambios de producción, por lo que hay que combatir el "economicismo" y sus principales derivaciones en la práctica política: la llamada teoría de la intransigencia, la del "tanto peor, mejor" y la aversión a los compromisos, "el miedo a los peligros".¹⁸

Gramsci, rompiendo radicalmente con todo tipo de mecanicismo, define y fija el papel de la política, como actividad volitiva llena de previsión y perspectiva: "sólo quien desea fuertemente identifica los elementos necesarios para la realización de su voluntad", dirá sin temor a caer en el subjetivismo, que muy frecuentemente se le atribuye".¹⁹

La acción política y el arte político exigen identificar con exactitud los elementos fundamentales y permanentes del proceso social y la previsión no supone la regularidad del tipo de leyes de las ciencias sociales.

El mundo en que actúa el político no es sólo el de la "realidad efectiva", "el ser", sino, en el caso de la filosofía de la praxis (el marxismo), el "deber ser" y el político práctico es más que todo el creador y suscitador de "nuevos equilibrios" favorables a sus metas.

La proposición metodológica gramsciana pasa a ser, entonces:

"El deber ser es por consiguiente lo concreto o mejor, es la única historia y filosofía de la acción, la única política".²⁰

Pero la política en Gramsci no es un acto arbitrario y desvinculado de la justa relación entre la "materia y el espíritu", sino que es una actividad específicamente actuante, con la autonomía que caracteriza el sentido perspectivista de la historia.

El principio gramsciano fundamental para la ciencia y el arte políticos lo constituye el análisis de las situaciones de la relación de fuerza, no sólo en el sentido de la pugna política inmediata, sino que resulta de la apreciación científica de la relación estructura – superestructura.

Gramsci, partiendo de los dos cánones marxistas, vale decir, de que la sociedad no se propone tareas que no las puede cumplir y que ninguna formación social desaparece antes de agotarse históricamente, realiza el estudio de la dinámica estructural, procurando identificar los movimientos históricos orgánicos, cuya tendencia es perdurable, para distinguirlos de los fenómenos de coyuntura que, sin carecer del todo de significado histórico, sin embargo no pueden sostener un proceso de formación de voluntades colectivas permanentes.²¹

El nivel necesario para establecer la dinámica estructural de la sociedad es el análisis de los momentos en que se presenta la relación de fuerzas, siendo posible distinguir la relación de fuerzas sociales ligadas a la estructura, como resultado de relaciones sociales objetivas (las clases sociales) y el momento de la relación de fuerzas políticas, cuando los grupos sociales muestran homogeneidad, conciencia y organización.

Entrando a un mayor nivel de análisis, la manifestación política de las fuerzas sociales pre-

senta diferentes grados, que es preciso especificar: el económico—corporativo, cuando el grupo tiene conciencia profesional y es apenas consciente de las condiciones materiales inmediatas; la expresión económico—corporativo ya con conciencia de la unidad de la agrupación social, exigiendo condiciones necesarias a su expansión y también ya con una visión más amplia, que plantea el problema del Estado; finalmente, el grupo social puede expresar su fuerza en un sentido estrictamente político, cuando ya realizó todo el proceso de “catarsis”, es decir, ha ascendido del nivel de la “simple” conciencia de la vida material — social a la esfera de la superestructura y su “ideología” ya se “purificó” con la presencia del elemento partido—dirección conciente. Alcanzando este grado, las fuerzas sociales pueden manifestarse en el plano político—militar, están en condiciones de imponer su voluntad por algún medio, especialmente cuando la relación de fuerza se revela en la modalidad técnico—militar.²²

En este tipo de análisis, el propósito de Gramsci va dirigido siempre a orientar la práctica política:

*“... tales análisis no pueden ni deben convertirse en fines en sí mismos (a menos que se escriba un capítulo de historia del pasado) y que adquieren un significado sólo en cuanto sirven para justificar una acción práctica, una iniciativa de voluntad. Ellos muestran cuáles son los puntos de menor resistencia donde la fuerza de la voluntad puede ser aplicada de manera más fructífera, sugieren las operaciones tácticas inmediatas, indican cómo se puede lanzar una campaña de agitación política, qué lenguaje será que comprenderán mejor las multitudes, etc”.*²³

Indudablemente, estos cánones metodológicos de Gramsci permiten reconocer si existen en la sociedad las condiciones necesarias y suficientes para su transformación y también controlar el grado de realismo de la política, evitando, tanto el “economicismo”, como el “ideologismo”, vale decir, el doctrinarismo pedante que espera cambios próximos, atribuyéndolos a causas mediatas, de crisis de la estructura y sobreestimando causas mecánicas; o bien exaltando el elemento voluntarista e individual, el uso del arbitrio en política.²⁴

Este es el marco de metodología que se desprende de la “filosofía de la praxis” y que hace posible a las clases subalternas desarrollar su propia política. Política cuya última meta tiende a ser la formación de la voluntad colectiva y la reforma intelectual y moral que debe realizar el bloque nacional — popular, como condición previa a su elevación a niveles de civilización superior.

La filosofía de la praxis para Gramsci, no es tan sólo el elemento conciencia del exterior, sino que concibe al principal agente realizador de los grupos subalternos — el partido político — sino constituido físicamente por estos mismos grupos,²⁵ principalmente como resultado de un proceso histórico y político, estrechamente ligado con todo el desarrollo de la sociedad.

Sin embargo, el elemento de autonomía corresponde precisamente a la capacidad que tenga el partido para insertarse en los nudos y en la corriente del proceso estructural y suscitar “nuevos equilibrios” favorables a sus metas. Combinar la espontaneidad, que siempre está guiada por un elemento de “buen sentido”, con la dirección conciente pasa a ser la clave para el “realismo” en política, y la única posibilidad de realizar movimientos masivos.

Cuando Gramsci habla del "paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir al comprender, el saber" está hablando de un principio cardinal de la "orgánica", es decir, de la ciencia de la organización y de la administración en política:

"Si las relaciones entre intelectuales y pueblo — nación, entre dirigentes y dirigidos — entre gobernantes y gobernados —, son dadas por una adhesión orgánica en la cual el sentimiento — pasión deviene comprensión y, por lo tanto, saber (no mecánicamente, sino de manera viviente), sólo entonces la relación es de representación y produce el intercambio de elementos individuales entre gobernantes y gobernados, entre dirigentes y dirigidos; sólo entonces se realiza la vida de conjunto, la única que es fuerza social. Se crea el "bloque histórico". 26

De esta forma, desde una perspectiva historicista, vale decir, de la acción transformadora, Gramsci arriba a un criterio fundamental para abordar la cuestión primordial de la "alianza obrero-campesina" y de la fundación del Estado Popular: no se trata sólo de analizar lo que es el capitalismo en general y lo que son las clases explotadas.

"La primera exigencia de Gramsci—dice Fiori—²⁷ es ahondar en una realidad bien precisa, en la realidad italiana concreta; ver cómo se ha formado el Estado burgués italiano y qué función han ejercido los intelectuales en este proceso de formación".

En otros términos, su hallazgo principal, de que todo orden constituido se basa no sólo en la violencia clasista y en la coerción que da el Estado, sino también en el consentimiento de los grupos gobernados a una concepción propia del grupo dirigente, permite situar el terreno de la lucha por la hegemonía entre grupos fundamentales en pugna, cuyo desenlace supone siempre un largo proceso en que los momentos de la relación de fuerza expresan y reflejan, de una u otra forma, la acción activa de los agentes de la política.

IV. La revolución en el "Occidente", ¿una estrategia de masas?

El pensamiento de Gramsci, pese al carácter fragmentario y de simples notas que tienen sus escritos, analizado en conjunto, revela el diseño nítido de una concepción estratégica de la revolución, muy marcada y singular.

La proposición gramsciana más audaz, sin embargo, se refiere a realidades muy concretas y específicas: las características de la revolución en lo que él llama "Occidente" y la naturaleza del devenir socialista, definido por el propio Gramsci como la "sociedad regulada".

Como veremos, quedan abiertas inmensas posibilidades para la sistematización de los aportes de Gramsci, que siempre sólo podrán ser considerados como hipótesis metodológicas para la investigación historicista y principalmente para la ciencia y la acción política concreta, puesto que muy difícilmente la obra gramsciana servirá de base para el dogmatismo y el doctrinarismo.

Toda la investigación historicista realizada y las categorías teóricas definidas se reúnen en la tesis primordial de Gramsci:

*“En los países capitalistas adelantados, la clase dominante tiene recursos políticos y organizativos que no poseía, por ejemplo, en Rusia. Esto quiere decir que incluso crisis económicas muy graves no tienen una repercusión inmediata en el terreno político. La política siempre está atrasada, y seriamente atrasada, respecto a la economía”.*²⁸

La constatación de Gramsci, en la misma línea de Lenin, para quien la revolución en los países occidentales sería un demorado y complejo proceso, significa que en estos países el desarrollo de la sociedad civil, con sus innumerables ramificaciones y canales, se convierte en un elemento esencialmente estructurador de la sociedad y el Estado no pasa de ser más que una trinchera avanzada, por detrás de cuya crisis se levanta el formidable sistema de defensas, de “trincheras” y “casamatas”, es decir, lo que sugiere Gramsci es que la naturaleza y alcance de la hegemonía burguesa es una realidad política insoslayable.

El criterio gramsciano, refutando el doctrinarismo de Trotsky de la estrategia de “grosso modo” (que prevé el derrumbe del poder burgués por la inevitable crisis del capitalismo), es de que tal “realidad efectiva” impone cambios sustanciales en la estrategia política.

*“Me parece que Ilich (Lenin) había comprendido que era necesario pasar de la guerra de maniobra, aplicada victoriosamente en Oriente de 1917, a la guerra de posición que era la única posible en Occidente donde, como observa Krasnov, en breve lapso los ejércitos podían acumular interminables cantidades de municiones, donde los cuadros sociales eran de por sí capaces de transformarse en trincheras muy provistas”.*²⁹

La polémica de Gramsci con la proposición de Rosa Luxemburgo sobre la huelga general es muy incisiva. Haciendo una analogía al arte militar, Gramsci reprocha a Rosa Luxemburgo el atribuir al elemento económico una eficacia inmediata, comparable al papel de la artillería pesada en la guerra de maniobras, ya que el uso de la huelga general revolucionaria, supone que este elemento provoca un triple efecto: 1) abrir una brecha en la defensa enemiga y confundir los cuadros adversarios, desmoralizándolos; 2) organizar con rapidez las propias tropas, crear o ubicar con rapidez los cuadros revolucionarios y 3) crear de forma instantánea una concentración ideológica necesaria para materializar los cambios propuestos.³⁰

Gramsci considera que el carácter de las clases subalternas implica establecer una diferencia fundamental, en cuanto que son grupos sociales que “deben trabajar todos los días con horario fijo (y) no pueden tener organizaciones de asalto permanentes y especializadas como una clase que tiene amplias posibilidades financieras y no está ligada, con todos sus miembros, a un horario fijo”.³¹

Como una alternativa a la concepción trotskista, Gramsci formula la necesidad de pasar de la estrategia del ataque frontal a la guerra de posiciones, cuya suerte no se juega propiamente en la línea de trincheras, sino más que todo en el “sistema organizativo e industrial del territorio que está ubicado a espaldas del ejército” y de los masivos contingentes humanos, que pueden continuamente sostener esta guerra de avances sólidos.

La estrategia de la guerra de posición significa un estricto “reconocimiento del terreno”, que

una tarea eminentemente nacional, para fijar “los elementos de trincheras y de fortaleza representados por los elementos de la sociedad civil” y exige enormes sacrificios, concentración de población y calidades excepcionales de paciencia y espíritu de invención”.³²

Concebida como arte militar, cuyo fin estratégico más que la destrucción del ejército enemigo, la ocupación de su territorio, en el Occidente, requiere el dominio del campo adversario en forma estable, el desarme y la dispersión de los efectivos contrarios, y la hegemonía innegable.³³

Sin embargo, de inmediato, cabe la advertencia de que la proposición gramsciana no tiene la relación formal, que frecuentemente se quiere atribuir a las concepciones de estrategia masiva, con la negación de la lucha de clases y con el “pacificismo” abstracto.

El mismo Gramsci advierte cuáles son los fundamentos históricos de su proposición: las tesis de “Prólogo” de Marx, más explícitamente, el que ninguna formación social desaparece mientras las fuerzas productivas, que se desarrollan en su interior, encuentran aún posibilidades de ulteriores movimientos progresivos y que la sociedad no se plantea jamás objetivos, sin que se hayan dado las condiciones para su solución.³⁴

La única relación que la estrategia definida puede tener con la “revolución pasiva”, con el anarquismo y tolstoísmo, es apenas en cuanto a la naturaleza del proceso de formación: de un continuo y largo proceso de transformaciones moleculares, que progresivamente modifica y crea nuevas modificaciones de fuerzas, teniendo por base una preparación político—ideológica de vasto alcance, condición única para suscitar las “pasiones populares”.³⁵

Para decir en pocas palabras: el pensamiento teórico de Gramsci aporta una referencia analítica que permite resolver el problema de la justa relación entre las condiciones objetivas y subjetivas del acontecimiento histórico, de tal manera que sea posible el devenir de una conciencia nacional—popular, difundida y actuante.

Junio de 1976

BIBLIOGRAFIA

1 La revolución contra “El capital”, A. Gramsci,
La concepción del Partido Proletariado, Ed. Cultura Popular.

2 Idem.

3 Los Consejos de fábrica, informe a la Internacional Comunista. “La concepción del Partido . . .”, op. cit.

4 La cuestión meridional, en Antología de Antonio Gramsci, organizada por Manuel Sacristán, Siglo XXI.

La formación de los intelectuales, en Cultura y Literatura, Ed. Península.

5 La formación de los intelectuales, op. cit.

6 La formación de los intelectuales, op. cit.

7 La vida de Antonio Gramsci. Fiori, Guiusepe. Ed. Península. Cap. 24.

8 Estructura y superestructura, en Materialismo Histórico. Ed. Nueva Visión.

10. Ver La noción de aparatos ideológicos del Estado, de Louis Althusser.
11. Algunos puntos de referencia preliminares, en Materialismo Histórico. op. cit.
12. Sociedad civil, en Antología, op. cit.
13. Material ideológico, en Cultura y Literatura. Ed. Península.
14. El partido, Maquiavelo, Ed. Nueva Visión.
15. Apuntes sobre la política de Maquiavelo. Idem.
16. Elementos de la política, Maquiavelo. Op. cit.
17. Algunos aspectos teóricos y prácticos del "economicismo", Maquiavelo, op. cit.
18. Algunos aspectos . . . , op. cit.
19. Previsión y perspectiva, Maquiavelo, op. cit.
20. Previsión y perspectiva, Maquiavelo, op. cit.
21. Análisis de las situaciones de fuerza, Maquiavelo, op. cit.
22. Análisis de las situaciones de fuerzas. Maquiavelo. Op. cit.
23. Análisis de las situaciones de fuerzas. Maquiavelo, op. cit.
24. Idem.
25. Véase el significado de los Consejos de fábrica y especialmente considérese la siguiente apreciación de Gramsci:
"Consideramos que al definir el partido es hoy necesario subrayar el hecho de que es una "parte" de la clase obrera, mientras que la extrema izquierda descuida y subestima este lado de la definición del partido, para dar, en cambio, importancia fundamental al hecho de que el partido es un "órgano" de la clase obrera". Intervención en la Comisión Política preparatoria del II Congreso del PCI, finales de 1925, en Antología, op. cit.
26. Paso del saber al comprender, al sentir y viceversa, del sentir, al comprender, al saber, en Materialismo Histórico, op. cit.
27. Fiori, Guiuseppe. Vida de Antonio Gramsci. Op. cit., pág. 282.
28. Informe de Gramsci al CC del PCI, el 02-8-1926, cfr. Macchiochi, María Antonieta, Gramsci y la revolución de Occidente. Edit. Siglo XXI, pág. 85.
29. Lucha política y guerra militar. Maquiavelo, op. cit.
30. Idem.
31. Idem.
32. Paso de la guerra de movimiento (y de ataque frontal) a la guerra de posición también en el campo político, en Antología. Op. cit.

- III. El concepto de revolución pasiva. Maquiavelo, op. cit.
- IV. El concepto de revolución pasiva. Maquiavelo, op. cit.
- V. El concepto de revolución pasiva. Maquiavelo, op. cit.

